

## L'exercice du culte en Espagne rouge

Le ministre de la Justice du gouvernement de Valence, M. Irujo, a répondu à la lettre collective des Evêques espagnols à ceux du monde entier, par une déclaration qui révèle sans équivoque quelle est la véritable situation du culte catholique en Espagne.

M. Irujo déclare, comme les légations se sont empressées de le diffuser à l'étranger, que le gouvernement de Valence a estimé bon de permettre le rétablissement de l'exercice du culte, mais dans le privé.

C'est avouer, d'une part, par un document authentique, ce que tout le monde savait déjà : que depuis le 18 juillet 1936 on a considéré comme un délit, sur le territoire occupé par les gouvernements de Valence et de Barcelone, l'exercice privé du culte catholique. On ne peut concevoir d'attentat plus monstrueux contre la liberté de conscience ni contre les droits les plus intimes et les plus sacrés de la personnalité humaine. D'autre part, le gouvernement de Valence, en rétablissant l'exercice privé du culte, avoue son impuissance à garantir aux citoyens qui restent par la force sous son pouvoir, l'exercice public du droit qu'on leur reconnaît dans le privé.

C'est là une déclaration sans précédents. Le gouvernement de Valence, sous l'influence de la conscience universelle, autorise les catholiques à se livrer au culte clandestin de leur religion. C'est-à-dire qu'après 20 siècles de christianisme il assigne officiellement aux catholiques la situation qu'ils avaient aux premiers temps héroïques des catacombes !

M. Irujo ajoute que l'on autorisera bientôt à nouveau l'exercice public du culte catholique et la réouverture des églises. De quelles églises ? Certainement pas de celles qui ont été incendiées, ou détruites pierre par pierre. Et avec quels prêtres ? Sûrement pas avec les milliers et les milliers qui ont été assassinés pour le seul fait de leur condition de Ministres de Dieu.

Pour pallier le terrible aveu que renferme ce document, le ministre de la Justice dit que « les premiers temps de la rébellion militaire, on ne put empêcher que le peuple, sachant que quelques prêtres avaient fait cause commune avec les militaires contre le peuple lui-même, exprimât sa répulsion contre les ecclésiastiques ».

C'est un paragraphe malheureux qui cherche à justifier ce qui n'a pas de justification possible. Il est faux que les prêtres catholiques se soient livrés à des actes de rébellion. A Barcelone, par exemple, les militaires, pour des raisons stratégiques avaient occupé le couvent des carmélites de la Diagonale. Ils occupèrent pour les mêmes raisons, parmi d'autres édifices, l'Université et l'édifice des Téléphones. Si on veut profiter de cette circonstance pour chercher à justifier l'incendie de toutes les églises et l'assassinat en masse des prêtres, on aurait pu provoquer le même argument pour justifier l'incendie de l'Université ou de l'édifice des Téléphones et l'assassinat des professeurs ou des téléphonis-

tes. Il est vrai que quelques professeurs et quelques employés des Téléphones ont été assassinés, mais les anarcho-syndicalistes eux-mêmes n'ont pas cherché à justifier ces crimes en disant que les militaires occupaient l'un ou l'autre de ces édifices. Et dans la plupart des villages, les églises furent brûlées et les prêtres assassinés sans même qu'il y ait eu la moindre lutte.

Le terrible aveu auquel le soi-disant gouvernement de Valence a été obligé, aura certainement une seconde partie. On peut la prédire facilement. Malgré la décision prise par le Conseil des ministres de Valence, malgré la volonté affirmée par le ministre de la Justice, ni le culte clandestin ni le culte public ne pourront être rétablis. La cause en sera, non seulement le manque d'édifices religieux et de prêtres, mais la haine satanique de la populace anarcho-communiste contre tout ce qui signifie une idée quelconque de piété. Les révolutionnaires rouges ne se sont pas révoltés seulement contre le clergé et les fidèles de l'Eglise catholique ; leur révolte n'a pas été seulement une tyrannie. Ils se sont révoltés contre l'idée même de Dieu. Leur révolte a été une explosion atavique d'aberration antichrétienne. Les objets religieux arrachés de chez les particuliers par la violence, ont été brûlés en public. On a même fait disparaître les croix sur les tombes sacrées des cimetières.

18. T. ~~un certain~~

17 Agosto, 1937.

155

34

# El culto católico

El señor Irujo ha entregado una nota a la prensa sobre el culto religioso, en la que a modo de aclaración pretende fijar un criterio de Gobierno, que, por no ajustarse a la verdad, estimamos será útil para nuestros lectores que nosotros lo reduzcamos a sus términos esenciales.

Es cierto que el señor Irujo planteado más de una vez en el seno del Gobierno su deseo y el de sus amigos de que se normalizasen en la España leal los ejercicios del culto religioso. Según nuestras noticias, últimamente pretendió que el Gobierno aprobase un decreto con esta finalidad, decreto que unánimemente fué rechazado por los ministros del Frente Popular. No se podía «decretar» el restablecimiento de lo que no ha sido abolido por ninguna ley. El ejercicio del culto, como es notorio, ha quedado públicamente suspendido a raíz de la traición de los generales fascistas, junto a los cuales se encontraban en su casi totalidad los «ministros de Dios en la tierra», con olvido incalificable de su pacífica función. El clero—salvo honrosas excepciones—tomó partida por los facciosos, y el pueblo, en legítima defensa, luchó, «no contra los creyentes», sino contra los mercaderes de la Iglesia, que en infinidad de pueblos y ciudades convirtieron los templos, la «Casa de Dios», en depósitos de armas, en centros de espionaje y conspiración y en fortalezas desde las que con las armas se combatía al pueblo. Por esto ha quedado en suspenso el ejercicio del culto católico en la España republicana. La beligerancia del clero en la terrible contienda que ensangrienta nuestro país fué el origen y motivo de esta situación que el pueblo no buscó ni provocó.

A esta conocida verdad, los ministros comunistas en el seno del Gobierno agregaron razones que podemos resumir así:

No somos creyentes. Hemos sido y somos partidarios de la libertad de cultos. No somos enemigos de los católicos. Nunca nos hemos pronunciado contra el derecho a ejercer públicamente los ejercicios de la religión cristiana. Y justamente por este respeto que sentimos y practicamos hacia los sinceramente creyentes, estimamos impropio en el momento actual la apertura de iglesias y capillas. ¿Por qué? Porque, enemigos mortales de los fascistas, no queremos que éstos utilicen la bondad de los sencillos creyentes para convertir de nuevo las iglesias y sacristías en antros de conspiración contra nuestro pueblo en armas. Los fascistas ampararían su obra de provocación y espionaje bajo el manto de la fe, y cuando la acción policiaca tendría que llegar a ellos pretenderían sublevar la conciencia de los católicos diciéndoles que se les perseguía, no por fascistas, no por espías o provocadores, sino por ser creyentes. La apertura de iglesias y capillas sería, quisieranlo o no los católicos, centros de reunión de todos los enemigos de la República.

Por eso, para evitar que gentes poco escrupulosas especulen con los sentimientos de la parte creyente de nuestro pueblo; gentes que, aun siendo católicas, odian y detestan a los fascistas que han abierto las puertas de España a la invasión extranjera, los ministros comunistas, así como el resto de los ministros del Frente Popular, estimaron no oportuna la pretensión del señor Irujo.

Quede, pues, clara la ver-

dad de lo acordado en el Consejo de ministros. Y si el señor Irujo y sus amigos querían ponerse «a bien con Dios», nadie ni nada se lo impedía hacerlo en la intimidad de su hogar, sin apelar a esa ostentosa publicidad cuyos fines o no se comprenden o están muy claros. Tal es el juicio que nos merece la «santa» intención que adivinamos ha guiado al señor Irujo al dar a la prensa una interpretación muy personal de una deliberación del Consejo de ministros.

2

35

## EUTRAPELIAS

### Misas "rojas" y misas "negras"

El pasado domingo, en una capilla instalada en la oficina de la Delegación Vasca de Valencia, se celebró una misa. Una misa autorizada: puesto que el ministro de Justicia ha dispuesto que, en privado, todas las religiones, cualquiera que fueren, podrán practicar actos de culto.

Comprendemos el asombro que la medida habrá causado, no entre los requetés y sus curas de trabuco en mano y escapulario en bandolera -- que unos y otros son incapaces de asombrarse de nada: su cerebro es de fósil cuaternario...-- pero sí entre los católicos de buena fe que puedan existir al otro lado de la trinchera, y, en especial, entre los conservadores de todos los países desde el romano y apostólico Schuchsnig, al anglicano mister Eden...

--¡Cómo! --dirán-- El Gobierno de Valencia permite que se celebren misas... Serán unas misas "rojas"...

Perfecto. Nos quedamos con esta clase de misas. No serán, por cierto, como aquellas que celebraban los facciosos en la Casa de Campo de Madrid, todos los domingos; terminadas las cuales al grito de ¡Viva Cristo Rey! intentaban asaltar las trincheras republicanas, enviaban luego unos aviones alemanes para que asesinaran unos cuantos niños que jugaban a la comba, y terminaban reclamando el auxilio de los marroquíes y, si era necesario, hasta el de Mahoma!

Nos quedamos --puesto que la libertad de conciencia existe en la República-- con el verdadero culto: el que se siente --los que lo sientan-- en el corazón. Los que no practicamos ninguna religión --pero comprendemos que otros la practiquen-- no queremos un culto con obispos perfumados con lo mejor de Cotty, ni peanas flanqueadas por tricornos, ni curas bárbaros que al alzar, entonen la marcha de Oriamendi; ni ignacianos caballeros de industria...

¿Misa roja? Por qué no... Siempre será mejor que una misa negra, de estas que Hitler --aliado de Franco--, califica en sus periódicos de "misas pornográficas". -- C.

"El Socialista" Madrid  
21 de agosto de 1937

## LA LIBERTAD DE CULTOS

# La Revolución es compatible con la Justicia

La resolución que el Gobierno, por iniciativa del ministro de Justicia, acaba de dictar en el sentido de proteger el culto católico, ha despertado alguna alarma aun entre elementos liberales que mal podrían impugnar aquella disposición. En nuestro sentir, ambas actitudes tienen sobrado fundamento y ambas pueden contribuir a la mejor solución del problema que las relaciona.

A decir verdad, no se nos han dado muchos motivos para creer que el verdadero cristianismo—tan diferente de las rutinas que se llaman cristianas—esté muy arraigado en España. Las páginas más cruentas de nuestra historia, lo mismo en la guerra que en la paz, han sido escritas en nombre de Cristo, enemigo acérrimo de toda crueldad. Las prácticas religiosas de la sociedad en que todos nosotros nos formamos eran un sarcasmo. Todavía ayer, en visperas de la rebelión, personas que podían presentarse como dechado de virtudes relativas ante lo mejor de la España conservadora, pedían que se fusilara a los enemigos de «la buena causa», y lo pedían con los mismos labios que momentos antes y momentos después murmurarían devotamente «y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores». En cuanto a lo que hemos visto o sabido después del 18 de julio del 36, lo que en nombre de la religión se ha hecho en la otra España, no tiene nombre; y en la

España nuestra, si nos fijamos en los católicos que conocemos con más intimidad, les oiremos quejarse de la escasez de viveres, de la pérdida de influencia, de la falta de negocios, de la baja de valores, de las mil y una incomodidades inherentes a la guerra y al sitio; pero ¿hay alguien que les haya oído quejarse de que no haya misa?

Sin embargo, no se puede discutir el derecho que todo ciudadano tiene a profesar y practicar la religión que quiera. En Rusia, donde la Revolución ha llegado más lejos que en ningún otro pueblo, hay libertad de conciencia. Donde no la hay es en Alemania. Allí, Hitler, que se permite tener toda la fe que se necesita para creer que sus propios antepasados fuesen lo suficientemente escrupulosos para impedir que se colase en el árbol genealógico sangre no aria, niega a los demás el derecho a tener una fe mucho más natural: la que determine su actitud ante el arcano de la Naturaleza. Negar la libertad de conciencia a los conciudadanos equivale, pues, a remedar la intolerancia del «führer».

En un principio, cuando se desató la furia popular en que bullían odios y rencores de muchos años, se explica que se cometiesen excesos. El que más y el que menos, era raro el hombre del pueblo que no había sido víctima de la influencia dominante que disfrutaban los explotadores de aquella falsa religiosidad, que perseguía despiadadamente a quienquiera que osase pensar según su libre albedrío. Pero habría sido mucho más conveniente aquel furor inicial si hubiese sido aplicado con discernimiento. Había entre los católicos quien merecía un severo castigo, y había quien no solamente no lo

merecía, sino que habría ayudado a castigar; y como ellos han sufrido los embates de aquella furia indistintamente. A pesar de esto, hay católicos que han prestado no poca ayuda a la causa antifascista. A uno de ellos le hemos oído decir—y sólo a título de opinión ajena lo citamos—que uno de los errores del movimiento popular había consistido en no percatarse de que el bajo clero estaba tan descontento de los prelados como los obreros lo estaban de los patronos, y por causas semejantes; y que si se hubiese atacado a los obispos y a sus camarillas y respetado al miserable clero—salvo casos especiales—, se le habrían ahorrado no pocas dificultades y aumentado numerosos partidarios a la revolución del proletariado. Todavía hace pocos días que el padre Rodés, del Observatorio del Ebro, hacía en un periódico inglés unas declaraciones en las que, con un espíritu mucho más cristiano que el de esos prelados que andan por la otra España tratando de convertir ovejas en lobos, dice todo lo bueno que sabe de nuestro campo, particularmente de lo que se refiere a la religión. Entre otros datos favorables al antifascismo, cita el caso ejemplar del pueblo de Llanes, de la provincia de Oviedo. Allí, según el padre Rodés, hay siete hermanos religiosos que siguen dedicados a la enseñanza sin que nadie se meta con ellos. A esto, quienquiera que esté bien enterado de lo que pasa en aquel culto rincón asturiano, puede agregar que en la villa de Llanes se ha hecho la revolución sin matar a nadie ni destruir nada, lo que honra a los socialistas, comunistas, ugetistas, cenetistas y republicanos que han dirigido los destinos de aquel pueblo en estos últimos años.

Hace un par de días dedicábamos nuestro contrafondo a comentar elogiosamente la actitud de nuestros Tribunales populares respecto de ciertos religiosos cuya conducta un fiscal comunista aprobó en vez de reprobar. Estamos a tiempo para demostrar que el espíritu revolucionario no está reñido con la Justicia. A eso contribuye la disposición del Gobierno que ofrece amparo al culto católico. Pero como no estamos dispuestos a volver a las andadas, haremos bien igualmente en poner en guardia a la República a fin de que la libertad de conciencia de los unos no vuelva a ser utilizada en contra de la libertad de los demás.

## Unas manifestaciones del ministro de Justicia

**“La libertad de cultos, dice el señor Irujo, en nada pugna con los avances de clases sociales que defienden la independencia de nuestro territorio**

La noticia reciente de haberse celebrado una misa en la Delegación Vasca, domicilio del ministro señor Irujo, nos llevó a solicitar unas manifestaciones del Ilustre vasco.

Nos ha dicho éste:

«La libertad del culto es precepto constitucional. Las democracias organizadas han de sustentarse en una amplia base de libertad y convivencia.

Creo bien definida la actitud ejemplar del pueblo vasco, y en Bilbao se han celebrado sin interrupción las manifestaciones de culto, cuyos sacerdotes celebrantes iban del altar a la trinchera.

Yo soy eminentemente republicano, vasco y católico, sin que en nin-

gún momento haya sentido debilidad ni falta de confianza en nuestra justa causa.

Hemos ido a defender nuestra República con todo el entusiasmo de las convicciones profundamente sentidas y preconizamos la libertad más amplia que pueda contenerse en la verdadera concepción de la democracia.

La libertad de culto es sencillamente el postulado lógico de un Estado que cumple su Ley fundamental en un régimen de orden que en nada pugna con los avances merecidos de clases sociales que defienden la santa independencia de nuestro territorio.»

(De «La Voz Valenciana», 17-8-37.)

Madrid 22 agosto de 1937

## MADRID, TRINCHERA DEL MUNDO

### La primera libertad, la de conciencia

Diferencia al hombre de la bestia su capacidad de raciocinio y su potencialidad de emoción. El poder que posee de situarse al margen de su instinto, por encima de su instinto, contra su instinto. Y el de soñar despierto. Y el de superación de sí mismo. Y el de lograr explicarse todo, ¡hasta lo inexplicable!

En la mente del primer hombre, aún no evolucionado plenamente, que vio arder un bosque por la acción de un rayo, nació un concepto de lo sobrenatural; es decir, de una fuerza superior que estaba sobre él, sobre su naturaleza, y, postrado de rodillas, adoró al fuego. Y creó una religión. En la conciencia del primer hombre que soñó que veía y hablaba a sus padres, a sus abuelos muertos, nació la idea prima de la inmortalidad. La superación sobre la muerte. Con la desgracia continuada en circunstancias idénticas, surgió la superstición. La subjetiva protesta a desaparecer con la definitiva quiebra de su fisiología le hizo creer —consuelo tomado en fe— en una vida ultraterrena. Unos cuantos hombres más avisados que aquellos otros entre los que convivían, organizaron, encuadraron, formalizaron creencias, inquietudes espirituales y supersticiones y nacieron las religiones. Y las clases sacerdotales, naturalmente. Que desde que el mundo es mundo, no hay nadie que organice algo nada más que por que sí. El espíritu de casta o de clase—según quien organice—es algo consubstancial. Y el organizador se trueca con suma facilidad en mangoncador.

Para los sacerdotes, fe es creer en lo que no vimos; para los políticos individualistas o fascistas, creer en lo que no veremos. Pero muchas gentes tienen fe religiosa o sacerdotal, que, aunque no es lo mismo, es algo muy parecido por los efectos. Y esta fe hay que respetarla. Hay que tolerarla. Hay que transigir con ella y con ellos. Con los que la tienen y con los que dicen tenerla. Y con los que de ella viven.

Toda religión positiva ha menester de culto externo. Nunca habrá una razón—porque la fe no entiende de razones—lo suficientemente fuerte para que por orden, ley o disposición gubernamental pueda ser prohibido un culto que no atente a la moral social o a la biológica.

Si hay un terreno absolutamente inexpugnable para la violencia, este terreno es el de la conciencia. El mayor fracaso de la fuerza se manifiesta y prueba cuando trata de arrancar una creencia. Y para el hombre las creencias es algo consubstancial con su naturaleza. Con el hombre totalmente evolucionado o en vías de evolución.

El mayor dislate en que han incurrido diversos Poderes públicos a través de los siglos, ha sido las persecuciones religiosas. Y en sus persecuciones han fundado la mayoría de las religiones su proselitismo. Es fama que cuando Godofredo de Bouillón

entró en Jerusalén, llegaba la sangre a las bridas de los caballos. Y los hermanos, y las mujeres, y los hijos de los judíos y de los musulmanes sacrificados, siguieron siendo judíos y musulmanes. Y los cruzados tuvieron que evacuar Tierra Santa...

Decimos a los creyentes españoles que practiquen tranquilamente los ritos de su religión, sea ésta la que fuere. Es una medida de razón. Y de justicia. Y de buena política. Y democrática, porque democracia es publicidad. Más vale que el que quiera acuda a una misa públicamente a implorar del Todopoderoso la paz de España, que no que se reúnan seudocreyentes clandestinamente, con el pretexto de practicar el rito de su credo, a laborar con un afán fratricida para que la guerra continúe..

IVAN PEÑALBA

# Política i religió

per J. M. LLADO FIGUERES



UNA bandera del feixisme, és la religió. Una justificació del seu alçament, és la persecució religiosa. La clerecia, fent causa comú amb els militaristes i el capitalisme, ha abandonat totalment la seva finalitat espiritual per a llançar-se a la lluita en defensa d'uns interessos que, precisament, no tenen res a veure amb aquella finalitat substancial.

No és la primera vegada que a Espanya l'església es declara belligerant. La guerra civil del segle passat tingué més de religiosa que de política. El carlisme, en defensar el seu ideal polític — ideal regressiu i àdhuc anticristià — afirmava defensar també l'ideal religiós. Els identificava tots dos, i això li semblava suficient per a combatre les forces populars. La posició de la clerecia d'aleshores produïa les reaccions del 1833 i del 1835.

Però l'església militant, a desgrat d'aquestes experiències — amb incendis d'edificis religiosos i amb sacrificis humans — seguia amb la seva posició d'intransigència. Els tímids assaigs de les Constitucions del 1855, 1869 i 1876 establint una certa tolerància respecte l'ús de les altres religions, provocaven explosions d'hostilitat de la clerecia. L'any 1855 aquesta protesta sortia a la superfície; l'any 1869 bisbes i sacerdots mobilitzaven els fidels per a sol·licitar el restabliment d'allò que ells en deien i en diuen «unitat de la fe»; l'any 1876 les dames aristocràtiques clamaven per l'exclusivitat de la religió catòlica.

L'opinió liberal no podia fer sentir la seva veu. L'Església exercia una decisiva influència en la governació del país. I els alts Poders de l'Estat — un Estat esquelètic — sumaven el seu esforç al de la intransigència clerical. Per això quan s'intentava la reforma de l'article onzè de la Constitució del 1876, no ja en el sentit de separar l'Església de l'Estat, sinó de permetre que els protestants gaudissin de la llibertat suficient per a practicar els seus cultes, s'iniciava una reacció extraordinària. L'Església pressionava i l'Estat no s'atrevia a reformar res.

En advenir la República els catòlics volgueren adoptar una posició de màrtirs. Cridaven com si algú els perseguís. La clerecia s'entestava altra vegada a fer inseparables el sentiment religiós i la filiació política. No volgueren renunciar a l'ideal monàrquic, creient que si la corona era restaurada, seria restablerta també com a oficial de l'Estat la religió catòlica. El 25 d'abril del 1931 el cardenal-arquebisbe de Toledo publicava una carta contra el règim. El bisbe de Vitoria, dies més tard, expressava l'odi que sentia per la democràcia republicana. I la multitud es llançava al carrer el 10 de maig a cremar convents.

Però el Govern, fidel als principis liberals, publicava el 22 de maig un decret de Justícia en el qual es proclamava la llibertat de cultes i autoritzava les confessions per a l'exercici públic i privat dels seus rites. L'Estat delimitava perfectament els dos camps: aquí l'Estat; allà l'Església. Muñoz Torrero, sacerdot, havia afirmat amb raó que el coneixement de les matèries espirituals pertanyia exclusivament a la potestat eclesiàstica, i que els assumptes temporals eren privatis de la potestat civil.

Que la República francesa havia esperat trenta anys per arribar a la separació? En efecte; però el retard, la vacil·lació amb què la III República francesa afrontà el problema polític-eclesiàstic, fou causa de les seves crisis més fortes, perquè va donar-se motiu a uns atacs parcials que pertorbaven la vida pública.

La República espanyola podia actuar, en aquest sentit, amb major independència. El 14 d'abril quedava anul·lat el Concordat amb Roma. Es doctrina reconeguda pels tractadistes de dret canònic que els concordats són pactes bilaterals entre el Vaticà i el cap de l'Estat que els signa. Es a dir, el Concordat del 1851 era fet entre el Vaticà i la reina Isabel. Quan sobreve, per tant, un canvi de règim en un país, automàticament el pacte bilateral queda trencat. Un dels contractants perd autoritat i força legal, i cessa la vigència del pacte.

Han passat moltes coses en sis anys i quatre mesos. Passen moltes coses. Una profunda commoció ha pertorbat, i pertorba, greument la vida del país. El ministre de Justícia, però — home catòlic — ha permès, en privat — amb les limitacions necessàries — l'exercici del culte catòlic. No hi tenim res a dir. Però cal fer un saludable advertiment: la represa d'aquest culte que, després, a l'hora de la normalitat, potser es farà extensiva, no ha de significar un retorn a l'anterior estat de coses. Ha de quedar ben concretada i ben entesa la funció de l'Església. La barreja de la religió amb la política produeix fatalment un explosiu: el clericalisme. I el clericalisme, com el militarisme, com tot el que suposa ingerència en la governació de l'Estat, és perjudicial no sols per l'Estat, sinó també per allò que la mateixa ingerència representa.

Els oients espanyols han de sentir la religió com un estat de consciència, no com una arma política. L'experiència els ha estat prou dura. Que ningú no oblidí que si la fe catòlica hagués estat un sentiment substancial amb el poble, més que un ambient mudable; si hagués tingut en profunditat de convicció tot el que tenia de superfície social; si el catòlic se l'hagués ensenyat a ésser-ho més que a aparentar-ho; si la majoria dels creients no haguessin confós la religió amb els seus rites, la fe amb la rutina i l'oració amb el monòleg, aleshores la religió hauria sobreviscut a la separació de l'Església i l'Estat, perquè no necessitaria del seu ajut ni de l'ortopèdia oficial, sinó que s'alimentaria d'ella mateixa; de la fe que, quan ho és, està al marge i per damunt de l'Estat i a prova de lleis i de contagis.

Diumenge, 22 d'agost del 1937

Firma: S. Roca i Roca

## Giravolts

### El catolicisme hitlerià

Mentre per una part tenim el diputat a les Corts d'Espanya, Gómez Hidalgo, que protesta per la disposició del Govern de la República d'emparar el culte catòlic, per l'altra constatem l'actitud del pirata imperialista Hitler, que fonamenta la seva intervenció armada a la Península, precisament, en nom d'aquest empar de caràcter espiritual.

No volem nosaltres, de cap de les maneres, defensar la religió que tenia endogalat el poble amb les cadenes del temor, de la ignorància, de la superstició i dels càstigs infernals per a "in aeternum" — en llatí i tot — amb què se l'amenaçava constantment pels ministres del déu judaic. No podem oblidar pas la frase — consigna viva — de Lenin, quan deia que "la religió és l'opi del poble", allò que l'adorm, que li enterboleix els sentits i la real visió de totes les coses.

Això no vol dir, però, que no deixem de denunciar la posició de l'hitlerisme quan proclama que si fa d'assassi dels pobles ibèrics és en nom d'aquesta religió ultratjada — al seu dir — pels "roigs", que cometen el gran pecat de defensar llur vida agredida traïdorament pels generals facciosos. Hitler, l'hitlerisme, no pot dir una tal cosa, puix que en el seu país no ha fet res més que perseguir la religió catòlica, apostòlica i romana, amb tota mena de procediments que van des del ridícul públic — l'exhibició vergonyosa del creient pels carrers — fins a la desaparició, amb sang i tortura, dels mateixos creients.

¿Hitler, catòlic? Hitler, l'ari, el que voldria restituir el culte salvatge a Wotan? El que alimenta la follia — fins ara frustrada — d'esser la vivent representació d'un déu únic a la terra?

No es pot demanar més hipocresia, més inconsciència, més idiotesa. Aquell que vol defensar davant del món la religió cristiana, és el megalòman i l'autarca que estrangula la mateixa religió cristiana dins les seves mans en el país en el qual mana despòticament. Per altra banda, si les masses populars hispàniques van acabar el 19 de juliol amb l'histriionisme catòlic, no ho van fer pas pel sentit filosòfic que té, sinó pels privilegis i pel negoci d'exploatació iniqua que els seus acòlits feien, durant segles, al noble pacient.

Quant a l'actitud de Gómez Hidalgo, contrariosada a la de l'hitlerisme absorbent i agressor, davant el complex internacional, només podem dir que ens ha de fer meditar.

A. Roca i Roca